

Comentario de la obra *El cosmos en la escritura y en la ciencia*, de S. Jaki

Paul Haffner

El Papa Juan Pablo II afirma en su reciente carta apostólica sobre el Año santo del 2000: «Gracias al Verbo, el mundo de las criaturas se presenta como 'cosmos', es decir, como universo ordenado. Y es que el Verbo, encarnándose, renueva el orden cósmico de la creación» (*Tertio millennio adveniente*, 3). El Pontífice había afirmado, al menos en dos ocasiones previas (en 1986 y 1992), que el mundo no es un «caos» sino un «cosmos». Dos obras recientes de Stanley Jaki -sacerdote benedictino húngaro que es profesor distinguido en la Universidad Seton Hall y que ganó el premio Templeton para el progreso en religión en 1987-, arrojan algunas luces maravillosas acerca de las consecuencias filosóficas y teológicas de esta profunda afirmación. En 1990, Stanley Jaki fue designado miembro honorario de la pontificia Academia de las ciencias, y es autor de más de 25 libros y 100 artículos, muchos de los cuales fueron traducidos a varias lenguas. Aunque su doctorado romano tenía que ver con temas eclesiológicos, lo mismo que algunos de sus libros, su contribución principal se observa en el ámbito de la historia y de la filosofía de la ciencia, y en algunas de sus consecuencias teológicas. Todas sus obras son de interés para quienes estudian las intrincadas relaciones entre ciencia y

una nueva apreciación del universo, dado que afirmó que, a través de una reflexión acerca de la creación, el hombre podría llegar a su creador. Más aún, Jaki puntualiza razones teológicas por las que los filósofos escolásticos debieron interesarse por el cosmos en cuanto totalidad. Todos los planteamientos principales relativos a la historia de la salvación dependen de la referencia inicial al Padre poderoso en cuanto creador de todo. «Completamente gratuita como la Redención puede ser la creación, la primera es totalmente dependiente de la última» (p. 88). Resulta paradójico que el universo haya sido tratado «como un hijo adoptivo, aún por parte de aquellos que supuestamente le dedicaron la mayor atención» (p. 89). Sólo unos cuantos libros de texto de la escolástica dedicados a la cosmología, contienen un capítulo dedicado realmente al cosmos, pero sin ofrecer pruebas. Esto es altamente sorprendente, porque después de que el universo geocéntrico había sido dejado de lado, debería haber quedado claro que el cosmos, en cuanto totalidad, no era algo que podía ser medido empíricamente y, por lo mismo, uno habría esperado una prueba filosófica del universo basada en el argumento cosmológico. Como clarifica Jaki: «La existencia del universo llegó a ser un problema «presionante» sólo con la llegada del telescopio, que destruyó un universo cerrado dentro de la esfera de estrellas fijas (p. 98).

Jaki puntualiza que «la cuestión de si el universo es uno no es exactamente la misma que la cuestión de si hay un universo» (p. 89). Muestra que, aunque Aristóteles daba por hecho que había un universo, su primer motor no era un Dios creador personal, de modo que el universo era «como una casa sin dueño» (p. 92). Para santo Tomás de Aquino, por otra parte, la realidad de Dios, el Creador, es la base más importante para todas las cuestiones teológicas. El doctor angélico demostró la existencia del cosmos en forma teológica más que filosófica, estableciendo que todas las cosas fueron hechas por el Creador racional; de ahí que todas las cosas creadas están ordenadas

de modo completamente coherente entre sí en el universo individual. La fórmula de santo Tomás para relacionar lo particular con lo universal es un paso de gran ayuda en el camino de afirmación del universo. La esencia de la comprensión consiste en conocer lo universal en lo particular. La idea de un hombre no es accesible a la percepción sensible, pero los sentidos pueden llegar al hombre individual. La totalidad, en cuanto tal, nunca llega a ser experimentada, pero sabemos que existe. El doctor angélico estaba igualmente convencido de la imposibilidad de la existencia de una criatura o un cuerpo material que fuera infinito en acto. De ahí que, en palabras de Jaki: «Por esta razón, Tomás proveyó tales elementos de prueba de la existencia del universo, como la invariable referencia del conocimiento humano a la totalidad, y de la imposibilidad de que lo más englobante de la totalidad material careciera de finitud y limitación específicas» (pp. 97-98).

Las consideraciones de Jaki se refieren luego a la condición limitada de la ciencia, estableciendo que el «límite» del cosmos no es lo mismo que la última palabra en la investigación empírica concerniente al universo. Como ha puntualizado en muchas de sus primeras obras, los teoremas de lo incompleto de Gödel implican que el universo no puede tener una prueba científica de consistencia en sí mismo. Jaki hace comprender por una parte de modo interesante que, mientras la contabilidad de la materia puede «servir de soporte a la prueba de la existencia de una totalidad material, siempre limitada y deslindada, que es el universo» (p. 102), por otra afirma que la investigación científica posee un carácter de avance ilimitado.

En el capítulo final: «Prueba y convencimiento», Jaki reafirma que, en orden a asegurar la convicción concerniente a la existencia del universo, se debe estar seguro de la verdad de una realidad externa. Aquí establece que «el registro de la realidad es un acto primario que no puede ser probado en términos de cosa alguna» (p. 116). Esto

implica un rechazo al idealismo, tanto platónico como kantiano. Jaki distingue cuidadosamente «la dignidad científica para la noción (y la realidad) del universo de la formidable respetabilidad filosófica respecto a una prueba de la realidad del universo» (p. 115). Esta distinción es necesaria porque la ciencia tiene que ver solamente con los aspectos cuantitativos de cosas que ya existen. De ahí que hay una prioridad de cosas realmente existentes, por encima de las propiedades cuantitativas.

No obstante, Jaki muestra el lazo entre las ciencias exactas y la filosofía, afirmando que «la cuestión acerca de la estricta totalidad de las cosas es filosófica, si bien no en menosprecio de la ciencia numérica» (p. 124). Las matemáticas constituyen una disciplina útil en cuanto ofrecen una base para una comprensión universal en términos cuantificables; sirve, igualmente, de soporte a la noción de un universo, que es una totalidad porque está hecho de una cantidad de materia finita. Jaki indica que, en la ciencia, las limitaciones relativas a la realidad física pueden sugerir la presencia de una limitación en su totalidad. La ciencia no puede desaprobado la «idea de una estricta totalidad en tanto que intenta contarla» (p. 122). Una convicción posterior para una prueba de la existencia del universo se obtiene por medio del rechazo de un cosmos dominado por el caos, la casualidad o la aleatoriedad. Para concluir, Jaki propone cuatro soportes básicos para una prueba de la totalidad cósmica: «las consideraciones acerca de los universales, acerca de las entidades materiales con propiedades contables, acerca del papel universal de los enteros en el reino material y acerca de la imposibilidad de un número infinito realizado actualmente» (p. 124).

La noción de cosmos en cuanto totalidad o *todo* es la clave de comprensión de otro de los recientes y originales trabajos del padre Jaki. La historia de las relaciones entre la Iglesia y la ciencia frecuen-

temente ha estado plagada de interpretaciones inadecuadas del libro del Génesis y, en particular, de su primer capítulo. En un trabajo altamente original, «Génesis 1 a través de las épocas»¹, Jaki trata precisamente este problema. El principal escollo en la exégesis es el concordismo, que «usualmente denota los esfuerzos por los cuales, durante el siglo XIX, numerosos comentaristas de Génesis 1 trataron de establecer su concordancia con cosmogonías consideradas en razón de la última palabra en la ciencia» (p. 43). Un rasgo importante del capítulo 1, «La era de Génesis 1», es el hecho de que Jaki muestra la clara diferencia entre Génesis 1 y las antiguas cosmogonías babilónicas, egipcias y cananeas. Esto se ve en la insistencia del Génesis en la bondad de la creación, la cual es, toda ella, la obra de un Dios que descansó el séptimo día, luego de un trabajo perfecto y completo. Génesis 1, definido precisamente como el texto que va desde Génesis 1, 1 hasta Génesis 2, 4, se destaca entre los pasajes del Antiguo Testamento, en razón de que tiene que ver, de modo especial, con «la cuestión más fundamental de la existencia, individual y cósmica» (p. 1).

En el capítulo segundo, «Génesis 1 y los sabios judíos», Jaki muestra cómo los especialistas y exégetas fallaron al dar una relación satisfactoria de Génesis 1. Por ejemplo, el platonismo de Filón lo condujo a su preocupación por la *idea* del universo, a expensas de su realidad, con lo cual quedó frecuentemente perdido en detalles esotéricos al interpretar Génesis 1. Jaki nota que tanto los judíos como los cristianos primitivos vivieron en medio de una cultura pagana, no creacionista, siendo forzados, así, a ver el «principio» en los términos de sus respectivos marcos teológicos. Esta incrustación teológica ocasionó un distanciamiento del directo y simple mensaje de Génesis 1, punto al cual Jaki vuelve repetidas veces al considerar las épocas

¹ Londres 1992, publicado por Thomas More Press.

posteriores. Mientras que, por una parte, los exégetas judíos generalmente ignoraron las cuestiones suscitadas por la ciencia, los exégetas cristianos enfrentaron tales problemas, pero trataron de hacer aparecer a Génesis 1 «en concordancia con la ciencia contemporánea» (p. 64).

En los capítulos tercero y cuarto, Jaki muestra cómo muchos Padres y teólogos escolásticos ignoraron el plan y el sentido simple del primer pasaje del Antiguo Testamento. Los comentaristas medievales, siguiendo a los Padres, continuamente desearon probar que Génesis 1 contenía la noción de un universo esférico. El capítulo quinto, «la Era de los reformadores», intenta mostrar cómo tanto los hombres del Renacimiento como los reformadores protestantes, de diversas maneras, no lograron llegar a una interpretación profunda de Génesis 1: «Con tanta frecuencia, en el pasado, quedó sin ser expresada la comprensión simple y apropiada de lo que intentaba decir Génesis 1» (p. 176). Los reformadores cedieron a la tentación de ver milagros donde no los había, mientras los contrarreformadores tendieron hacia el literalismo. En la era científica moderna se produjo una separación entre Génesis 1 y el modo en que la ciencia explicó el génesis del universo, según explora Jaki en el capítulo sexto, «La nueva era de la ciencia». En esa época, el padre Marin Mersenne, lo mismo que muchos otros comentaristas, ignoró el punto de Génesis 1, porque lo vio «no tanto en su propia luz, cuanto a la luz de su propio día, entendida como la plena luz del día de la ciencia» (p. 189). Existía la tendencia a reconciliar el relato de la creación, del sexto día con la gravitación newtoniana. La forma literalista de concordismo queda muy bien ilustrada por la exégesis de John Lightfoot y del arzobispo Usher, que establecieron el tiempo de la creación en el año 4004 a.C., ¡un domingo 23 de octubre, a las 9:00 a.m.! En el capítulo séptimo, «La época de la cosmogénesis científica», Jaki examina la suerte de la comprensión de Génesis 1 durante el período que comprende los

últimos doscientos años, con el desarrollo de la ciencia de la cosmología. Aquí muestra, de nuevo, que «la tentación de pretender una concordancia entre ciencia y Génesis 1 fue irresistible» (p. 248). Cita el ejemplo de exégesis de Harris F. Hall, de 1938: «Y dijo Dios, que existan los astros. Y los enormes universos aislados se transformaron en grupos de estrellas, convirtiéndose por ellos mismos en estrellas. Las partículas eléctricas fueron reunidas en una unión cada vez más cercana, en una violenta turbulencia y en un inconcebible calor; y los soles brillaron, y hubo luz. Y fue la tarde y la mañana, la segunda etapa» (p. 249).

También los intentos por ver la teoría de la gran explosión como una descripción de la creación, que enlaza bien con Génesis 1, saben a concordismo y olvidan que la ciencia empírica trata con la sola materia, de modo que no puede llegar al momento de la creación.

En el capítulo octavo, «¿Exégesis de época?», Jaki puntualiza que, en la investigación bíblica del siglo XX, realmente nadie ha llegado a dar con el tema de la forma literaria de Génesis 1. Incluso después de que el concordismo fuera descalificado oficialmente con la Encíclica *Providentissimus Deus*, de 1893, la exégesis ha fallado en su intento de captar el significado pleno de Génesis 1. Jaki muestra que usar el «mito» como clave de explicación de Génesis 1 en términos legendarios es, de muchas maneras, una trampa mucho más siniestra que el concordismo, debido a que vacía de significado al texto sagrado. El padre Jaki propone, entonces, su interesante aproximación realista a la interpretación de Génesis 1. En lugar de cargar su estudio con interpretaciones teológicas, alegóricas o místicas, Jaki tiene en consideración el modelo cósmico de la «tienda», que dominaba la mentalidad de los antiguos hebreos, como la manera simple de comprender el mensaje del primer libro de la Biblia.

«El mundo-tienda, lo mismo que cualquier estructura de tienda, tiene partes esenciales fácilmente identificables: el techo y la base o suelo. Cualquier otra cosa es accesoria, pero, de cualquier manera, forma parte de la totalidad. Esto hace posible su uso, con la intención de comunicar la idea de totalidad de dos maneras: sea haciendo referencia a la totalidad en cuanto tal, sea enumerando primero sus partes esenciales y luego las que son principalmente accesorias a cada una de ellas» (p. 279). Continuando la ilustración de su propuesta, Jaki cita numerosos textos (tales como el Salmo 148) del Antiguo Testamento, los cuales «indican la predicación de totalidad enumerando sus elementos componentes» (p. 282). En esta perspectiva, la idea clave principal del primer capítulo del Génesis es la noción de que Dios es el creador del *todo* dinámico o de la totalidad del cosmos. La enorme fuerza de la aproximación de Jaki está en su gran simplicidad, su fidelidad a la mentalidad hebrea del tiempo y en el hecho de que esto evita «una violación de la mente humana», que busca en Génesis 1 «rastros evidentes acerca de la creación de cada una de los millones de especies» (p. 301). Jaki ha respondido afirmativamente a la pregunta: ¿Puede el realismo de Génesis 1 ser entendido como el indicador para el universo real, independiente de lo que la ciencia continúa descubriendo acerca de él?» (p. 270).